



La pandemia: Relatos de un anocheecer

Camilo Vargas Walteros

La pandemia

Relatos de un anochecer

CAMILO VARGAS WALTEROS

© 2021, Camilo Vargas Walteros.
© 2021, Andrés Felipe Zamorano, por el diseño de portada
Editado por Camilo Vargas Walteros

Licencia: Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

Esta licencia sólo permite que otros puedan descargar obras y compartirlas con otras personas, siempre que se reconozca su autoría, pero no se pueden cambiar de ninguna manera ni se pueden utilizar comercialmente.

Primera edición: 2021.

<https://milecoscom.wordpress.com/>

camilovawa@gmail.com

Esta obra fue realizada artesanalmente. Escrita a mano y papel.

Posteriormente digitalizada y corregida en un procesador de texto.

A la eternidad del Espíritu

Esta página se dejó intencionalmente en blanco

Me transportaba en un vehículo.

Quería llegar tan pronto como los demás.

Todos seleccionábamos el mismo camino.

Nadie avanzaba ni un centímetro.

Teníamos el anhelo de llegar a nuestro hogar.

Entre más acelerábamos más nos deteníamos.

Desde la ventana observaba el anochecer.

Contemplaba su profundidad.

Sentía su silencio.

Abrí la puerta.

Camine sobre el pavimento.

Cada paso era la vida.

Cada auto un segundo.

Cada persona un instante.

Camine sin rumbo.

Camine con esperanza.

Como si fuera el único camino.

Preámbulo

Desde el comienzo de nuestra especie nos hemos acostumbrado a dar sentido a la existencia empleando relatos. En sus inicios estos cuentos fueron descritos por los cazadores recolectores. Esas narraciones resaltaban la importancia de los espíritus de la naturaleza y su cercana relación con los seres humanos.

Posteriormente la invención de la escritura y la agricultura otorgarían a los relatos un tono más institucionalizado y desnaturalizante. En esa época los espíritus se representaban a través de dioses, quienes se ubicaban en una escala superior a las personas. La naturaleza había quedado relegada a un plano infrahumano, éramos propietarios del entorno y este se encontraba disponible para nuestro gozo.

Comenzamos a contar historias justificando la existencia de sacerdotes, escribas, artesanos, campesinos y esclavos. Estos relatos se concentraron en el miedo, la guerra y la necesidad de apaciguar a unos dioses que tenían comportamientos demasiado humanos. Los dioses exigían sacrificios de seres vivos y tributos de la tierra, para lo cual empleaban intermediarios encarnados en una elite que dominaba a una sociedad jerarquizada.

Esa intervención también se vio reflejada en la escritura. Los textos sagrados eran creados por un selecto grupo que daba sentido y orden a nuestra vida. En esos relatos los dioses sometían a sus ciudadanos cuando estos últimos no se comportaban de acuerdo a un conjunto de normas ajenas a la naturaleza. Los reyes, faraones y sacerdotes defendían sus creencias soportando el origen divino de sus palabras.

Más adelante las narraciones alcanzarían un tono más humano. De tener muchos dioses nos concentramos en uno solo, adicionalmente varios mitos fueron transformados en religiones. El poder político y militar junto con el dogma de fe, sometían a quienes se atrevían a cuestionar la veracidad de los relatos divinos o colocar en tela de juicio el orden social. Los castigos se ejecutaban en la hoguera o en la cruz.

Pasaron varios siglos y la humanidad descubrió la ciencia. Cualquier persona podía darle sentido al mundo sin necesidad de intermediarios. Todo radicaba en tener un ferviente deseo de aprender, conocer y encontrar las leyes que explicaban el comportamiento de la naturaleza. Con esa motivación los comerciantes junto con los imperios navales, expandieron su franquicia mediante la conquista de territorios exóticos, y de individuos que requerían ser domesticados de acuerdo a un punto de vista. En ese entonces el dinero y el financiamiento de empresas marítimas crecieron de forma exponencial.

La transformación de una sociedad basada en el comercio a una sociedad soportada en la industria fue impulsada por el deseo de obtener mayores ganancias (producir al menor costo y vender al mayor precio). En la era industrial los relatos se enfocaron en la capacidad de organizar un gobierno que estuviera

respaldado por el pueblo y la capacidad de compra de los consumidores. En otras palabras, la democracia y el capitalismo se convirtieron en la nueva religión.

Según lo expuesto las guerras entre países eran aceptadas bajo conceptos nobles como la igualdad, la libertad y el nacionalismo, pero en el fondo la motivación principal era la ambición económica y la urgencia de expandir las manufacturas. La industria naciente impulsó el nacimiento de una clase media con derechos y deberes que en última instancia consolidaron a la democracia como mecanismo político. Estos ciudadanos recibían educación soportada en la memoria, la estandarización de procesos y la obediencia de leyes. La homogenización del pensamiento junto con unas normas que en teoría eran creadas y comprendidas por el pueblo, terminaron de aceitar una maquinaria de proporciones épicas.

En la revolución industrial el exceso de producción de químicos fue aprovechado por el sector agrícola mediante el uso de pesticidas y maquinaria a gran escala. A parte del sector agrario las incipientes farmacéuticas se beneficiaron de la producción química. La idea general era sintetizar la medicina que se alojaba en las plantas con el fin de vender un producto de fácil acceso a la población. Estos fármacos incrementaron la esperanza de vida, no obstante, cuando comenzamos a vivir en ciudades y utilizamos químicos para la limpieza, nuestro sistema inmune se volvió más frágil y de paso creamos dependencia hacia los remedios.

En la transición entre los siglos XX y XXI el relato se volvió global. Todos somos uno. Debemos proteger el planeta y los grupos sociales que fueron pisoteados a lo largo de la historia. Todo suena como el paraíso, si bien todo tiene

un trasfondo. La Economía debía traspasar no solo las fronteras nacionales sino los límites del tiempo y el espacio.

El sistema financiero junto con la expansión del Internet y el desarrollo de los algoritmos “inteligentes”, permitieron obtener el máximo beneficio en cualquier lugar en el menor tiempo posible. Lo importante es especular con la ayuda de medios digitales, es decir, comprar lo más barato y vender lo más caro a la velocidad de la luz. En ese sentido la realidad se expresaba a través de una pantalla, y en consecuencia los seres humanos se transformaron en productos y en números, por ejemplo, nos interesaba más las estadísticas de muertos que la vida que teníamos frente a nosotros.

Esta metamorfosis proporcionó un crecimiento descomunal a las empresas de la elite, al punto que las multinacionales se volvieron más poderosas que los gobiernos. Las nuevas organizaciones comenzaron a fabricar relatos validando su cosmovisión. Todos somos uno. Todos debemos comportarnos como uno. Toda su ideología se manifestó con absoluta nitidez durante la pandemia.

En consecuencia, la modernidad nos muestra a las gigantescas compañías interconectadas en múltiples sectores. La producción de comida industrial y agrícola, las farmacéuticas, los medios de comunicación y entretenimiento junto con el sistema financiero, coordinan sus actividades en un engranaje perfecto. El poder coercitivo de los gobiernos garantiza la lubricación de un sistema que rinde sus frutos a intereses particulares disfrazados de fondos de inversión globales.

Como los estados nación han pasado a un segundo plano y las multinacionales operan a escala planetaria, se necesitan ciudadanos con un pensamiento, un comportamiento, una visión de unidad. Esa mentalidad cobró mucha fuerza

cuando “un” enemigo nos intimido a través del miedo. La nueva amenaza nos condujo a clamar por “una” cura para nuestra salvación.

Los medios de comunicación fueron los evangelizadores de este nuevo relato. La ciencia corporativista fue impuesta como verdad absoluta e incuestionable siendo que la verdadera ciencia al igual que la verdadera espiritualidad, no son procesos homogéneos e inmutables. El conocimiento del entorno y nuestro interior se soporta en los lentes con los cuales percibimos el mundo, es un proceso de cambio constante, crecimiento personal y aprendizaje individual.

Me pregunto si podremos despertar y darnos cuenta que nuestra realidad toma sentido en la medida que cada uno de nosotros desde su interior, construye su propio relato y adquiere consciencia de que siempre hemos sido uno.

Prólogo

Relatos de un anochecer cierra la trilogía. La idea general se mantiene, la pandemia y como nuestras decisiones nos conducen a diferentes situaciones. Aun así, esta narración se centra en el interior del protagonista, en el proceso mediante el cual ingresamos a la parte más profunda de una cueva. En su parte más recóndita encontramos la oscuridad y los miedos más colosales, pero es en este lugar, donde también encontramos los más grandes tesoros.

Lejos de cualquier juicio moral entre lo que debe ser bueno o malo, correcto o incorrecto, el anochecer nos sumerge en lo desconocido, y a pesar de sentir gran soledad siempre tendremos la compañía del espíritu. No podemos percibirlo con los cinco sentidos tradicionales porque su naturaleza y comprensión sobrepasan las capacidades humanas, pero creo que se puede raspar la parte más superficial del espíritu, especialmente cuando conectamos con nuestra esencia a través de las artes como la música, el teatro, la culinaria, la escritura o el dibujo.

Esas manifestaciones se daban de forma natural y espontánea en nuestra infancia, en nuestra imaginación, nuestra innata capacidad de asómbraos y hacernos preguntas.

Relatos de un anochecer

Un sábado por la mañana me ubique frente a una de las entradas del gran parque. Decidí dar el primer paso. Después di el siguiente paso. A medida que caminaba percibía la nutrida vegetación la cual producía la sensación de cubrir un gran domo. En la densidad de los árboles las diminutas fisuras permitían el ingreso de los rayos solares, de alguna forma la bóveda generaba la sensación de resguardar no solo a la naturaleza sino también a mi ser.

En el suelo observaba los senderos que otros habían recorrido. Su huella indeleble se reflejaba en la tierra sin vegetación. Continué el camino dejándome conducir por las señales invisibles y el saludo de las ramas de los árboles. Al tomar la ruta de la derecha, el terreno adquirió una ligera inclinación.

A cada paso sentía el desnivel en el trayecto. Realizaba malabarismo al intentar transitar sobre las raíces que se elevaban desde la tierra. Era un bosque dentro del parque. Los árboles se elevaban hasta alturas de edificios con 12 pisos. Al detallar su parte más alta las hojas formaban hermosas figuras geométricas danzando con el azul del cielo. Era la competencia por la luz, pero cada rama respetaba a las demás sin negarse su propio crecimiento.

Como tenía el tapabocas por debajo de las fosas nasales me daba el lujo de respirar ese aire tan puro, esa sincronía, ese intercambio, esa reciprocidad entre especies. Me coloque la mascarilla por debajo de la barbilla. Sentí el viento en toda la cara. El bosque me abrigó. Mi naturaleza se expresó.

A pesar de encontrarme en un estado de plenitud el miedo surgió de mis profundidades. No tenía temor a un posible contagio del virus sino la predisposición a la crítica, el horror de ser rechazado.

Cuando me retire del bosque materialice mis sentimientos. Una señora me miraba fijamente. Tenía gafas oscuras, el tapabocas le cubría toda la cara con excepción de los ojos y en la cabeza tenía una gorra que la protegía del sol. Me dijo que me colocara la mascarilla, yo le respondí que necesitaba respirar. Acto seguido comenzamos una discusión. Palabras que se otorgan. Palabras que se reciben. Aire que va. Aire que viene.

Decidí continuar mi camino. Reflexionaba sobre la situación. En el fondo nadie tenía razón. Son diferentes formas de comprender las circunstancias. El problema se genera cuando queremos imponer nuestro punto de vista sobre los demás. Solamente nuestros actos hablan por nuestras creencias y lo que consideramos apropiado, no obstante, a lo largo de la historia hemos empleado mecanismos externos para justificarnos, por ejemplo, los medios de comunicación, la ciencia corporativista, la pureza de la raza, las sagradas escrituras o la tradición familiar. El punto central es, ¿Qué conduce realmente nuestros pensamientos, sentimientos, palabras y actos?

En esta época nuestro comportamiento ha sido establecido en función de los microorganismos. Un virus se ha vuelto famoso entre millones de virus que habitan no solo en el medio ambiente sino también en nuestro interior, ¿Por qué llama la atención un virus en particular?, ¿Un virus tiene la intención de asesinarlos?, ¿Los virus representan información que busca replicarse en nuestro interior?

Lo fácil es seguir una conducta de rebaño porque de esa forma nos sentimos aceptados socialmente. Es más cómodo colocarnos una máscara y no hacernos preguntas porque nos han enseñado que dudar es “malo”, siendo que el cuestionamiento de la coyuntura nos conduce a fortalecer nuestro punto de vista o modificarlo bajo otro mecanismo que nos permita entender el mundo. En ese sentido la capacidad de analizar, reflexionar y llegar a nuestras propias conclusiones es uno de los atributos más maravillosos del ser humano.

Posterior a esos pensamientos me encontré a un niño que al mirarme se puso la mascarilla por debajo de la barbilla. Igualmente cruce al lado de un señor musculoso el cual paseaba a su mascota y no tenía puesto ningún elemento de bioseguridad. Estos individuos llamaban la atención toda vez que la mayoría de ellos portaban tapabocas cubriendo nariz y boca. Me preguntaba por el verdadero significado de tener puesta una máscara, ¿Qué significa la boca?, ¿Tendremos derecho a alimentarnos?, ¿Podremos expresar nuestras ideas libremente?

Después de recorrer un largo trayecto contemplé unos árboles antiguos, gruesos y de gran altura, reconocí un grupo de personas realizando acrobacias sobre cuerdas con telas de colores. Mantenían su equilibrio mientras todo su

cuerpo bailaba al ritmo del viento. Recordé los momentos en los cuales cerraba los ojos, encendía la música del celular y danzaba bajo la sincronía del corazón.

Al llegar a la parte de mayor altitud reconocí los límites del parque con la civilización. Unas canchas de voleibol junto con lo que parecía ser una casa alargada definían la barrera oriental. En ese lugar tuve la oportunidad de depositar mi confianza en Macarena cuando por primera vez le retiré la correa dentro del parque. Puse a prueba la certeza de que más adelante ella se dejaría poner esa cuerda de color fucsia.

Macarena se desplazaba a gran velocidad. Tenía la impresión de presenciar las altas velocidades de un mini auto de carreras. Su conducta era similar a la de un gran detective, investigaba todo, olfateaba todo, estaba presente en todo. Al comienzo me daba miedo que pudiera escoger su propio camino y no regresara a mi lado. Esa desconfianza se diluía cuando a pesar de la larga distancia, ella me tomaba como punto de referencia, cuando de forma intermitente levantaba su cabeza y me dirigía una profunda mirada. Sus movimientos se asemejaban al tránsito de la luna sobre la tierra, aunque de forma más irregular.

En el camino de descenso seleccione el trayecto más al norte del parque. Ahora los árboles antiguos, gruesos y de gran altura me saludaban a la cercanía de la distancia, y sus pies resguardaban personas que colocaban manteles de cuadros rojos y blancos sobre los cuales depositaban sus alimentos. No recordaba cuanto tiempo había transcurrido desde que estos lugares habían sido redescubiertos como espacios para estar y compartir.

Al continuar mi sendero observaba como cada perro recorría su camino sin tener una agenda preestablecida, es decir, no seguían la ruta de otro animal ni tampoco consideraban que hubiera un mejor camino que otro. En ese sentido la naturaleza promovía la diversidad de comportamientos entre especies y dentro de la misma especie. En el caso de los perros la cantidad de colores, tamaños y conductas reflejaban diferencias tan abrumadoras que me preguntaba si en realidad la naturaleza seleccionaba a los más aptos, o si favorecía a quienes desarrollaban un comportamiento particular hasta su máximo potencial, tal es el caso de las mascotas más tranquilas como los bulldogs, estos no tienen necesidad de competir por ser más rápidos, sino ser cada vez más pausados y ser apreciados por quienes contemplan y aprecian esa velocidad.

Al admirar los comportamientos de los perros hice consciencia sobre una distinción importante entre animales y seres humanos, nuestra capacidad de no dejarnos llevar por instintos primarios como el miedo. Ciertamente un perro puede entrar en una disputa territorial con otro perro, y generar tensión entre ambos, si bien, un animal ataca o se defiende en función de la agresividad de su oponente. En contraposición un humano tiene la facultad de parar y preguntarse, ¿Por qué se originó todo esto?, ¿Cuál es el sentido de ese conflicto? Estas reflexiones resaltan nuestra capacidad de admirar y aprender del entorno, frente a las situaciones en las cuales preferimos tener certezas y no recorreremos nuestro propio camino.

En el parque unos niños jugaban en unos columpios como si fueran a ser lanzados por cohetes espaciales a toda velocidad. Ellos tenían la habilidad de tomar cualquier cosa y potenciar sus características más allá de las propiedades de

ese objeto. Me preguntaba si como adultos nos dábamos permiso de jugar, por el simple hecho de hacerlo, sin importar el resultado. Jugar como medio para desarrollar la capacidad de crear y colorear mundos imaginarios, más reales que la misma realidad. Era como los ambientes fantásticos de los video juegos y las películas, con la importante diferencia que en unos casos se disfrutaban los universos de los demás en comparación a los deleites de creaciones propias.

Me detuve un momento. El parque tenía unos banquillos de madera donde se podían juntar hasta tres individuos, siempre y cuando estuvieran lo suficientemente cerca de sí. Desde ese sitio contemplaba el cielo, las nubes envolvían todo el campo visual y no se podían distinguir las hermosas tonalidades celestes, desde las más claras hasta las más oscuras. En cierta forma las nubes representaban todas las emociones y pensamientos, por ejemplo, cuando sentimos miedo y preocupación las nubes se oscurecen, se llenan de rayos y truenos, y descargan su lluvia sobre los demás. Cuando encontramos la paz y la tranquilidad, el cielo se despeja, las nubes se transforman en copos de algodón de un blanco indescriptible, y cada una se aleja de sí misma para dejar a su paso una preciosa visión, el sol iluminando, mediante el cual se refleja nuestro camino.

A diferencia de las nubes los seres humanos tenemos la hermosa capacidad de escoger y calibrar nuestras intenciones independientemente de que consigamos nuestros objetivos. Un fabricante de programas de computador puede tener el interés de vender un anti virus, aunque para obtener mayores ganancias debe crear el opuesto a su solución, el problema, un virus. Es más fácil promover el virus del miedo y vender un anti virus que probablemente detenga los síntomas del problema, pero no las causas reales.

Si ese virus puede hacer daño dependerá en buena medida de las condiciones en las que se encuentra el computador, por ejemplo, si tiene suficiente espacio en la memoria, si tiene un procesador con alta velocidad, si el propietario del equipo lo ha llenado de programas que permiten o limitan su crecimiento. Este símil tecnológico igualmente se realiza con los productos que nos prometen salud sin ser conscientes que la salud es un proceso integral. La salud se refleja en el cuerpo producto de nuestra alimentación, pensamientos, emociones y espiritualidad.

Por eso me pregunto si las farmacéuticas y otras organizaciones buscan genuinamente nuestra salud, en otras palabras, ¿Por qué no regalan una fracción de todas las vacunas que producen? Adicionalmente y considerando que las hambrunas acaban con más seres humanos que un virus: ¿Por qué los filántropos que apoyan las vacunas no regalan alimentos? No menos importante: ¿De dónde sale el dinero con el cual los gobiernos compran nuestra salud?

El sonido de un pájaro me despertó, había estado concentrado en los pensamientos y olvide la capacidad de dejarme sorprender por el entorno. Una rápida reflexión me llevo a concluir que el parque siempre es el mismo, y si bien ese discernimiento es válido, el entorno también era la expresión de un proceso en constante cambio.

Al acercarme al origen del susurro, contemplé un ave recién nacida en el suelo la cual producto del fuerte impacto, se había vuelto pedazos. Quede paralizado, en shock. Paso a paso entendí la neutralidad de la naturaleza, es decir, lentamente hice consciencia de la imparcialidad del entorno, no existen situaciones buenas o malas, no hay comportamientos apropiados o inapropiados. Probablemente el

pájaro no nació con las alas adecuadas o tal vez no esperó lo suficiente para completar sus habilidades de vuelo.

Esas alas me ayudarían a descubrir una muchacha quien practicaba unos ejercicios de estiramiento sobre un tapete de plástico. El ritmo de su actividad me recordó la importancia del equilibrio y trabajar en nosotros mismos. Esta situación difería de los medios de comunicación los cuales vendían una realidad, es decir, se dedicaban exclusivamente a las estadísticas de muertos por virus además de las historias de sufrimiento. En muy raras ocasiones los medios de comunicación promocionaban actividades saludables como una dieta balanceada, practicar deporte al aire libre o emplear la tecnología de forma responsable.

Mientras sostenía el celular en la palma de la mano aprecié el mundo de posibilidades de la tecnología. Recordé el curso de idioma extranjero que estaba practicando, las conferencias sobre diversos temas y la posibilidad de comunicarme con cualquier persona sin importar su ubicación. Por otra parte, era consciente que el uso del celular igualmente me permitía ignorar el presente, por ejemplo, dejar de saborear una deliciosa comida, comenzar y mantener una conversación además de sentir el momento. El celular era la Biblia de nuestros tiempos.

En la parte más inferior del parque los gigantescos pinos habían dejado caer sobre sus raíces un colchón de hojas secas. Era señal de su sabiduría. Era la capacidad de sostener vida en su interior. Esa vida se propagaba a través del aire que envolvía al parque y habitaba en lo profundo de cada uno de nosotros. Ese aire que no veíamos, pero sentíamos. Esa armonía entre el dar y el recibir.

Visualizaba el viento como si fuera el agua rodeando una pecera. Yo era un pez conviviendo con más seres acuáticos. Al verter una sustancia morada, todo el acuario se tornaba de ese color. No importaba si utilizaba una mascarilla o una careta submarina. Hasta el lugar más escondido de mi cuerpo quedaba impregnado de color morado.

Dentro de la pecera el agua era la totalidad, y si bien yo no era esa totalidad, si recibía y transformaba una pequeña parte de esa totalidad por el simple acto de respirar. Me formulaba múltiples preguntas: ¿Para mí que significa ese color morado?, ¿Es un amigo, un enemigo o ninguno de los anteriores?, ¿Me permite crecer o me va a causar daño? En última instancia los peces no se planteaban interrogantes, pero como seres humanos teníamos esa habilidad.

Al interior del parque contemplaba el tránsito del sol y como su marcha marcaba el avance del día. Si bien no lo veía directamente, observaba su luz en todo el entorno. El parque danzaba a su ritmo. La sombra de los árboles se desplazaba con su movimiento. Un poco hacia la derecha. Un poco hacia la izquierda. Era como jugar a las escondidas. Estas y no estas. Te busco y no te encuentro.

Con el avance del atardecer todos los seres buscaron su descanso. Las torcazas emprendieron vuelo hacia lo más alto de los árboles. Las personas y sus mascotas comenzaron a desocupar el parque. Lentamente los sonidos fueron reemplazados por el más absoluto silencio. El cielo estaba pintado por tonos naranjas, violetas y rojizos. Me quedé pasmado ante tanta belleza.

Encontré una banca donde sentarme. Al descender la temperatura me coloqué unos guantes de lana grises. Me subí el cierre de la chaqueta azul oscura. El abrigo era bastante acolchado y me protegía del viento frío. Poco a poco el anochecer inició su florecimiento, dando paso a la oscuridad, la ausencia de certezas, la invitación a lo desconocido.

Un nuevo mundo de posibilidades se abría a mi alrededor. Macarena se acercó y le di indicaciones de cómo llegar al apartamento. Mientras ella tomaba atenta nota, me hacía esa mirada en la cual me preguntaba, ¿Dónde está mi hogar? De alguna extraña manera era como si un ser de cuatro patas pudiera intuir su destino.

La noche cubría el bosque y a pesar de sentir miedo, hice consciencia del delicado equilibrio entre luz y oscuridad. En términos generales la mitad del día le correspondía al sol y la otra mitad a la luna. Esa armonía se reflejaba en todos los procesos de los seres vivos. Por un lado, la luz saca la verdad, ilumina la esencia, resalta las diferencias, la vida crece a su máximo esplendor. Por otro lado, la oscuridad representa la unidad, el descanso y la sanación, el comienzo y el final de la vida.

En medio del anochecer descubrí un carrusel en el parque. Los cinco sentidos tradicionales no lograban ser testigos de tan magno evento, no obstante, algo por encima de lo extra sensorial me confirmaba que esta situación era más real que la misma realidad. En ese sentido la verdadera ciencia se expande cuando cada uno de nosotros creemos en algo, y al entrar en contacto con el entorno, verificamos si nuestras sospechas se validan o se rechazan.

El carrusel tenía caballos en su interior. Unos de color amarillo claro, otros café oscuro mientras que unos pocos adquirían una tonalidad morada intensa. El aparato funcionaba en todo su esplendor con bombillos encendidos sobre pilares que sostenían un techo con letreros sin letras. Para mí asombro no había cables suministrando electricidad o señales de una batería.

Continúe mi camino. Todo el parque se había transformado en un lugar tenebroso, desolado y glacial. Los senderos que antes eran fácilmente reconocibles ahora estaban ocultos bajo la penumbra. Aun así, daba cada paso con fe, abrazando y sintiendo todos los sentimientos que se producían en mi interior.

Más adelante descubriría una rueda de Chicago. Tenía varios canastos metalizados de forma redonda donde se podían sentar dos personas y compartir la intimidad del momento. El artefacto giraba en sentido de las manecillas del reloj mientras mecía con dulzura a sus tripulantes, únicamente el azar del tiempo determinaba los instantes en los cuales el vuelo se congelaba. En esos breves minutos, y si la suerte lo permitía, se apreciaban vistas espectaculares con paisajes inolvidables.

Otras atracciones completaban el parque de diversiones. Una oruga gigante de color verde con cara de alegría y antenas de radio. Unos toboganes rectos y largos bajo los cuales se ubicaban sacos de cuerda para envolverse y arrojarse desde su punto más alto. También había carros chocones sobre pistas de metal y ballenas navegando por ríos poco profundos. Por último, miraba unos aviones mono motor movilizados por una mini hélice que desafiaba las leyes de la Física.

Detrás del parque de diversiones salían unas burbujas de color tornasolado. Sentí una sensación muy fuerte que ascendía por todo mi cuerpo. Lloré como nunca. Los veía. Ellos no habían crecido ni un solo centímetro. Todos estaban reunidos sobre el pasto. En sus manos sostenían unos vasos de los cuales al utilizar un pitillo, salían burbujas a la velocidad a la que se crean los sueños y las realidades. Como ninguno de ellos tenía tapabocas podía ver claramente la expresión de sus sentimientos. No tenían miedo de interactuar con el otro, adicionalmente los virus y bacterias no interferían cuando compartían su humanidad con los demás.

Ella estaba en ese lugar. Tenía una camisa blanca con figuritas de colores y un jean de color fucsia. Recordaba su pelo liso de color castaño claro. La miraba fijamente. Nunca me imaginé que tuviera la capacidad de recordar ese último cumpleaños. Pensé que había enterrado todo en lo más recóndito de mi interior. Jamás consideré que un pasado tan lejano pudiera condicionar mi comportamiento presente. Siempre había creído que mis problemas y soluciones me las proveía el exterior. Un virus, una vacuna. Un demonio, un agua bendita. Una necesidad artificial, un objeto en un centro comercial.

Me quede paralizado. No sabía cómo reaccionar. Siempre recordé la infancia como una época dorada, de sólo alegría, pero también se vivieron dificultades. La amistad que había desarrollado hacia ella alcanzaba los niveles de una hermandad, no por tener un lazo de sangre sino por algo más indescriptible. Me senté sobre el pasto y comencé a escribir una carta, sentía como los sentimientos se liberaban del pecho como cuando se abre una jaula y las mariposas vuelan en busca de su camino. En ese papel contemplaba mis palabras, la intimidad del ser:

Te escribo esta carta porque quería decirte que te ame. No en el sentido que un hombre quiere poseer a una mujer sino en la conexión tan profunda que desarrolle hacia ti. Nunca me imagine manteniendo un puente hacia la pureza, espontaneidad e inocencia de la infancia.

Aunque no tengo presente todos los momentos que compartimos, si recuerdo lo que sentí a tú lado. Era una alegría tan inmensa que vale por la vida que llevo hasta este momento.

No me despedí de ti porque no tuve la capacidad de afrontar una gran tristeza, y en cierta forma guardaba la esperanza de verte con la misma frecuencia y de la misma forma.

Ahora tengo el coraje para decirte un último adiós, viéndote a los ojos de tú alma y dándote gracias por ser más que una amiga, una hermana.

Solté los recuerdos y sentimientos que me ataban a ella. Comencé a percibir una compañía que me envolvía en algo grande e inimaginable. Esa sustancia imperceptible interactuaba con mi cuerpo. Entraba en cada inhalación. Se retiraba en cada exhalación. A cada momento ese elemento universal era transformado por mi organismo. El aire me regalaba información del exterior. Yo nutria al aire con mis experiencias. Dependiendo del estado de ánimo podía modificar las proporciones de oxígeno que recibían mis células. El oxígeno era importante porque era utilizado por las mitocondrias para producir energía. En última instancia la energía determinaba mi capacidad de vivir.

La lluvia me alcanzó. No veía las gotas, aunque sentía como cada parte del cuerpo absorbía ese ingrediente del cual todos estamos conformados, el agua. Al

igual que el aire, el oxígeno estaba contenido en ese hermoso líquido. En su nivel más puro, funcionaba como un espejo reflejando nuestro ser. En esa forma no tenía un sabor particular, un olor determinado, un color específico o una melodía concreta. Se mantenía en un estado de paz y tranquilidad. Podía fundirse con el entorno y cualquier ser vivo.

Las plantas y animales interactuaban en perfecta armonía con el agua y el aire. Les permitían ingresar como alimento y los expulsaban cuando finalizaba su ciclo. A nivel agregado comprendía como todos los seres vivos tienen esa energía dentro de ellos, aunque había una diferencia importante, a medida que seguía la secuencia plantas, animales y seres humanos comprendía como esa energía se concentraba en mayor proporción. Era como si una energía verde clara rodeara a los árboles y pastizales. Era como si una energía azul arrojara a insectos, peces, mamíferos y aves. Era como si un arco iris de colores muy intensos envolvía a cada persona. En los seres humanos esa energía se transformaba en función de sus pensamientos, sentimientos, palabras y acciones.

A partir de esas observaciones pude concluir que esa energía tenía la propiedad de evolucionar a medida que transitaba por todos los seres vivos, en ese sentido existía una especie de hermandad entre todo lo creado, pero también se celebraba el camino de especialización de cada ser vivo. La misma naturaleza nos mostraba el valor de la diversidad y la individualidad. Era como si cada ser humano actuara al interior de muchas películas y en cada una de estas asumía un rol diferente, podía asumir el papel de héroe, villano o hasta una actuación secundaria. La cuestión central era si seguía las instrucciones de su disfraz o se dejaba guiar por las indicaciones del director de la película.

El parque se mantenía en completo silencio. Todo permanecía en un eterno sueño. Me preguntaba si todos los seres vivos podían soñar. Recordé como en una ocasión me encontraba en un sueño con detalles muy nítidos, con emociones tan intensas, con colores tan reales que al despertarme me preguntaba si la realidad frente a mis ojos era la verdadera, o tan solo era una pálida copia de un mundo más grandioso que era imperceptible a los sentidos tradicionales.

De alguna forma existía una correspondencia entre ambos mundos, en el sentido que en uno de ellos se siembra y experimenta de forma fugaz, mientras que en el otro se recoge la cosecha en la eternidad del tiempo y el espacio. Cuando dormimos en el más profundo anochecer, vamos al otro universo, creamos paisajes, imaginamos lo inimaginable. Cuando despertamos ante un bello amanecer, percibimos una realidad aparentemente inmutable y densa.

En esa realidad material también podemos crear. Los relatos me dan libertad, me puedo expresar sin necesidad de seguir un parámetro establecido, me dejan seguir mi propio camino. Esa identidad se observa en nuestra cara, en sus diferentes gestos y movimientos. En la capacidad de olfatear, palpar y saborear. Cuando entramos en contacto con nuestros sentidos y desarrollamos sensibilidad hacia los demás, expandimos nuestros corazones, aumentamos la temperatura, permitimos el crecimiento. En última instancia manifestamos el amor por nosotros mismos y todo lo que nos rodea.

En mi camino me encontré una vela blanca. Tenía la longitud de un brazo y el grosor de la máxima extensión circular entre los dedos índice y pulgar. Utilice el calor de los sentimientos y pensamientos para encender la vela. Su luz me permitía

ver con otros ojos y cuando terminé de acostumbrarme a la nueva realidad, comencé a percibir cosas que antes no reconocía.

Eran como los planos de construcción de un edificio. Si los diseños se localizan sobre un escritorio entonces veríamos una parte del inmueble, pero al colocar un nuevo boceto sobre el primer dibujo observaríamos el mismo edificio bajo una nueva idea, por ejemplo, al mapa de los tubos que transportan el agua se le puede colocar encima el plano de los cables eléctricos. En ese sentido cada mapa representa el mismo lugar, no obstante, dependiendo de la ilustración se resaltan distintos atributos del mismo objeto.

Al desplazarme a las profundidades del parque la oscuridad era tan monumental que desconocía si tenía los ojos abiertos o cerrados. Sentí terror. Observaba seres de aspecto indescriptible, aunque su sola presencia me daba para salir corriendo. Igualmente contemplaba otros seres con forma humanoide y a los cuales sentía un enorme deseo de aproximarme.

La luz de la vela se apagó. Me detuve. Cerré los ojos y respiré con calma. Los dos tipos de seres continuaban deambulando por el parque, aun así, en la oscuridad se me dificultaba diferenciarlos. Poco a poco hice consciencia que los seres de aspecto indescriptible producían en mí una sensación similar al frío, mientras que los seres humanoides desprendían algo más cercano al calor. En ese orden de ideas los primeros emitían baja energía, por el contrario, los segundos generaban alta energía.

Por un lado, los seres de baja energía transmitían miedo, por otro lado, los seres de alta energía sembraban amor. El problema radicaba en que bajo nuestra

percepción humana a veces confundimos el miedo por amor y el amor por miedo. Resultado de mi discernimiento concluí que estos seres se diferenciaban en el comportamiento que tenían hacia mí.

Los seres de baja energía intervenían directamente en mis pensamientos y a veces era imposible distinguir entre que era un pensamiento propio de un pensamiento ajeno. Ellos me invitaban a preocuparme únicamente en los resultados sin importar los medios que empleara para su consecución.

Los seres de alta energía no se entrometían en la mente, no se alimentaban de los sentimientos derivados del miedo. Me apoyaban en mi proceso de crecimiento, pero nunca intervenían directamente, respetaban mi libertad de elección, aunque a veces me enviaban señales sutiles.

En última instancia comprendí que los seres de baja energía promovían la deuda como mecanismo de gratificación instantánea, frente a los otros seres quienes no realizaban promesas. Los seres de alta energía resaltaban la importancia de hacer nuestro ahorro espiritual de forma constante y perseverante, para que después de un tiempo apreciáramos y valoráramos el proceso que nos conducía a nuestras metas. En contraposición las entidades de baja energía vendían sueños prefabricados para que adquiriéramos compromisos invisibles que nos esclavizaban a lo largo de varias vidas.

Por otra parte, comencé a visualizarme como un automóvil y su conductor. Estas piezas podían funcionar en armonía o en disonancia. Lo ideal es que la persona maneje el vehículo para llegar a su destino, no obstante, habrá autos que se encuentran en mejor condición o más dispuestos a dejarse guiar.

Por un lado, el carro representa nuestra parte perecedera, los pensamientos, las emociones y el cuerpo. El metal, el vidrio, las llantas, el sistema eléctrico y la carrocería agrupan todo lo anterior. Por otro lado, el conductor simboliza lo eterno, el alma y el espíritu. Aunque el automóvil no comprende la naturaleza de del chofer, percibe sus señales de forma tenue, por ejemplo, cuando intenta mover el timón, cuando presiona los botones que encienden o apagan las luces exteriores.

El conductor utiliza el auto para conocer diferentes lugares y vivir experiencias que le ayuden a crecer como ser. Cuando un vehículo cumple su ciclo de vida porque es finito, la persona cambia de automóvil, uno bajo el cual se reflejen sus nuevas preferencias, sus nuevos anhelos de crecimiento.

Recuperé la atención en el presente. Cuando escribía desde el corazón conectaba con algo inmenso, algo indescriptible, pero de alguna extraña manera podía sentir su presencia. Sucedió de forma espontánea y por breves instantes, aunque tenía la certeza de que era real. De alguna forma la escritura unía todas las partes de lo que creía ser. Me permitía soñar despierto y compartir fragmentos de mi interior.

Ese interior que emerge de las profundidades del ser. Como cuando los primeros rayos de luz comienzan a iluminar una habitación. Era un proceso lento y se manifestaba en la transición del anochecer al amanecer.

Epílogo

Camilo.

Tomate las cosas con calma, con amor y con paciencia.

Confía en tú corazón, en tú alma y en tú espíritu.

Perdona el comportamiento de los demás.

Siéntete orgulloso de quién eres.

Cree en el cambio que generas en los demás.

Despréndete de emociones y personas que ya cumplieron tú ciclo en tú vida.

Cree en el amor y lo maravilloso que es.

Cree en tú doctorado y encontrar lo que te apasiona.

Da gracias por tú familia, tus amigos, tus estudiantes, tus emociones.

Sueña en ti y por ti.

Cree en los hermanos y hónralos.

Cree y siente en tú corazón.

Deja que las personas sean y no sean.

Un abrazo,

Tú espíritu

Agradecimientos

Te doy gracias porque me regalaste esta vida y muchas otras.

Bibliografía y referencias

- Andreu, N. Todo empieza en ti [Canal de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/c/NuriaAndreuDesarrolloPersonal/featured>
- Aron, E. (2016). *The highly sensitive person. How to thrive when the world overwhelms you*. Harmony Books.
- Bula, O. (31 de diciembre de 2020). SERIE: PARADIGMAS GEOPOLÍTICOS DEL SIGLO XXI - INTRODUCCION [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=t-7xi6Egwrk>
- Cotec (27 de Abril de 2019). #MiEmpleoMiFuturo: Un documental sobre robots, economía, clase media... y el fin del mundo [Archivo de video]. Recuperado de: www.youtube.com/watch?v=htAnVeMtrr8
- De Mello, A. (2007). *Auto liberación interior*. Lumen Humanitas.
- Despertando a la vida (16 de noviembre de 2020). Entrevista a Robert Martinez: Tu propósito | Sueños lucidos, viajes astrales | Trump | Tierra plana [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=bITGlcFkUBc>
- Ecocentro TV (9 de diciembre de 2020). Los efectos de la pandemia más allá de la crisis sanitaria. Conferencia con Emilio Carrillo [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=6XtvMEhiNpw>
- Enric Corbera (21 de diciembre de 2019). ¿Cómo evitar la adicción emocional? – Enric Más Cerca [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=ttrgluXam1g>

Fotografías de mí infancia de los 2 a 5 años (disponible en álbum físico).

Hartmann, T. (2011). *Las últimas horas de la vieja luz del sol. La crisis ambiental, y como salvar el futuro* (Trad. J. Soler). Madrid, España: Icaria Antrazyt. (trabajo original publicado en 2004).

Ram Talks (3 de julio de 2020). SALIR del REBAÑO (Nietzsche) – Filosofía MOTIVACIONAL para Perseguir la EXCELENCIA [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=NS68l0w9W90>

RT en Español (14 de noviembre de 2016). Como curar las heridas de la infancia para que no nos amarguen la vida (ENTREVISTA) [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=i3j8NquR-ig>

Santamaría, P. (29 de julio de 2019). ¿Qué hacer si ya se que Herida o Heridas de la Infancia tengo? Por Paulina Santamaría [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=JL-vJEab8gs>

Santamaría, P. (28 de julio de 2019). Test de las Cinco Heridas de la Infancia por Paulina Santamaría [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=7z0C1p9bFKo>

Topí, D. (2006-2021). David Topí. Explicando el mundo que no vemos. Recuperado de: <https://davidtopi.net>